

caballo se habían adelantado á los demas, y habían entrado á ver los edificios que habia en ella, y yendo registrándola, vieron unos veinte Indios que salian de ciertas casas con sus lanzas y otras armas, llamando á los otros para que salieran y vinieran á juntarse con ellos. Los dos cristianos viéndolos juntarse, sin hacer caso de sus gritos ni clamores dieron sobre ellos y mataron algunos, y pusieron en huida á otros, los cuales se fueron luego á juntar con los otros que habían venido á su socorro y formaron un monton como de doscientos, á los que de nuevo acometieron los Españoles en una calle angosta y los rompieron, haciéndolos retroceder hasta la orilla de un gran rio que pasa por aquella ciudad, y entonces uno de estos Españoles habia enviado el Indio que he dicho con la lanza enhiesta en señal de que habia en la ciudad enemigos armados. Oido esto arrimaron los Españoles las espuelas á sus caballos y sin detenerse llegaron á la ciudad y entraron dentro; y encontrados sus compañeros ellos les contaron lo que les habia sucedido con aquellos Indios, y corriendo los capitanes para aquella parte adonde se habían retraido los enemigos, llegaron á la orilla del rio que estaba entonces muy crecido, y desde la orilla vieron de la otra banda á un cuarto de legua los escuadrones de los enemigos. Pues pasado el rio con no pequeño trabajo y riesgo, se fueron para ellos. El Gobernador se quedó guardando la ciudad porque asimismo se decia que dentro habia enemigos escondidos. Visto por los Indios que los cristianos habian pasado el rio comenzaron a retirarse, hechos dos escuadrones. Y uno de los capitanes españoles con sus quince caballos lijeros aguijó por una cuesta del collado donde estaban para ga-

narlo, de modo que no se pudieran retraer y hacerse fuertes allí, y los otros dos capitanes se fueron por derecho la vuelta de ellos, por junto al rio y los alcanzaron en una sementera de maiz, donde los rompieron y pusieron en derrota, cogiéndolos á todos, que de seiscientos que eran no se escaparían arriba de veinte ó treinta, que tomaron el monte antes que llegara el capitan con los otros quince, y así se salvaron. Los mas de ellos se recogian hácia el agua pensando salvarse en ella, pero los caballos lijeros pasaban el rio casi á nado tras de ellos y no dejaban uno á vida, salvo algunos pocos que se les habian escondido en el alcance despues que fueron desbaratados. Corrieron luego la tierra hasta una legua mas abajo, sin hallar Indio ninguno. Pues vueltos se reposaron ellos y sus caballos, que bien lo necesitaban, porque con la larga jornada hecha antes, y con haber corrido aquellas dos leguas estaban harto estropeados. Sabida la verdad de qué gente fuese aquella, se halló que los cuatro capitanes y la gente estaban asentados á seis leguas de Xauxa, rio abajo, y que el propio dia habian enviado aquellos seiscientos hombres para acabar de quemar la ciudad de Xauxa, habiendo quemado ya la otra mitad hacia ya siete ú ocho dias, y entonces quemaron un edificio grande que estaba en la plaza y otras cosas (*cosa*) á vista de la gente de la ciudad con muchas ropas y maiz, para que los Españoles no lo aprovecharan. Quedaron los vecinos tan enemistados con ellos que si algun Indio de estos se metia adentro y se escondia, lo mostraban á los cristianos para que lo matasen, y ellos propios ayudaban á matarlos, y aun los habrian matado con sus propias manos, si los cristianos se lo permitieran

Informados, pues, los capitanes del lugar donde se hallaban estos enemigos y del camino, del cual habían andado parte, determinaron no encerrarse en Xauxa sino pasar adelante y dar en el grueso de gente que estaba á cuatro leguas, antes que tuviesen nueva de su venida. Con este intento mandaron que se pusiesen á punto los soldados; pero no tuvo efecto su propósito porque hallaron los caballos tan cansados que tomaron por mejor partido el volver atras, como lo hicieron. Llegados á Xauxa refirieron al Gobernador lo sucedido, de lo que hubo mucho contento, y los recibió con mucha alegría agradeciéndoles á todos el que se hubieran portado tan valerosamente. Y les dijo que de todos modos entendia que se fuese á acometer el campo de los enemigos, porque aunque fuesen avisados de la victoria estaba cierto que los esperarían. Al punto mandó á su maese de campo que los aposentase y les dijese que descansáran lo que les quedaba de dia, y la noche hasta que saliera la luna, y que entonces se pusiesen á punto para ir á dar sobre los enemigos. Para aquella hora estuvieron en órden cincuenta caballos ligeros, que al toque de la trompeta se presentaron armados con sus caballos en el aposento del Gobernador, el que los despachó muy luego y siguieron su camino. Quedaron en la ciudad con él quince caballos con los veinte peones que hacían la guardia toda la noche con los caballos ensillados, hasta que volvió el capitán de aquella salida que fué de allí á cinco dias. Contó al Gobernador todo lo que habia sucedido desde que de él se partió, diciendo que la noche que salió de Xauxa caminó unas cuatro leguas antes que amaneciera, con mucha diligéncia para dar en el campo de los ene-

migos antes que fuesen avisados de su venida; y que estando ya cerca vieron al amanecer una grande humareda ¹⁷ en el lugar donde estaban aposentados, que serían dos leguas adelante; y así aguijó con los suyos á gran furia pensando que los enemigos avisados de su venida se le huían, y quemaban los aposentos que habia en un pueblo; y así era porque se huían despues de prender fuego á aquella misera poblacion. Llegados los Españoles á aquel lugar siguieron la huella de la gente por un valle muy llano, y segun que los iban alcanzando topaban, porque venían mas despacio con muchas mugeres, y muchachos en la retaguardia, y dejándoselos atras para alcanzar á los hombres corrieron mas de cuatro leguas, y alcanzaron algunos escuadrones de ellos. Como una parte de ellos vió á los Castellanos desde algo lejos, tuvieron tiempo de tomar un monte y se salvaron en él, y otros, que fueron pocos, fueron muertos, quedando en poder de los cristianos (que por tener los caballos cansados no quisieron subir al monte) muchos despojos suyos, y mugeres y muchachos. Y como ya era llegada la noche volvieron á dormir á una aldea que dejaron atras, y al dia siguiente determinaron estos Españoles seguir su camino la vuelta de Cuzco tras de los Indios para tomarles ciertos puentes de red y no dejarlos pasar; pero por falta de pasturas para sus caballos se vieron obligados á volverse atras, con gran disgusto del Gobernador porque á lo menos no habian seguido hasta quitarles aquellos puentes y no dejarlos pasar la vuelta del Cuzco, porque

¹⁷ El original, *un gran fiu-* segun se advierte por el contexto me: pero es errata de imprenta, y debe leerse *fumo*.

siendo gente forastera se temia que hicieran gran daño en los vecinos de aquellos lugares.

§. V.

Nombran nuevos oficiales en la ciudad de Xauxa para fundar poblacion de Españoles, y habiendo tenido nueva de la muerte de Atabalipa, con mucha prudencia y arte para mantenerse en gracia de los Indios, tratan de nombrar nuevo señor.

Y por esta causa, llegadas que fueron las cargas y la retaguardia que habia dejado en Pombo, echó bando de que por cuanto tenia determinado fundar en aquella ciudad poblacion de españoles en nombre de S. M., los que quisieran avecindarse allí podian hacerlo; pero no hubo ningun Español que quisiera quedarse, diciendo que mientras estuviese fuera la gente de guerra con las armas en la mano por aquella tierra, no estarian los naturales de la provincia al servicio y sujecion de los Españoles y obediencia de S. M. Visto esto por el Gobernador determinó no perder por entonces el tiempo en aquel negocio, sino ir contra los enemigos la vuelta del Cuzco, para echarlos de aquella provincia y desbaratarlos del todo. En el intermedio, para poner orden en las cosas de aquella ciudad, fundó el pueblo á nombre de S. M. y creó oficiales para la justicia de él¹⁸ que fueron ochenta, y los cuarenta de ellos fueron cuarenta caballos lijeros que dejó allí de guarnicion con el tesorero para que guardase tambien el oro de S. M., dejándolo por su lugar teniente, y para que en todo fuese cabeza y

¹⁸ Parece que faltan aquí algunas palabras, como *y de sus vecinos*, ú otras equivalentes.

tuviera el mando y suma del gobierno. En estas cosas vino á morir el cacique Atabalipa de su enfermedad, de lo que hubo mucho pesar el Gobernador y con él todos los demas Españoles, porque cierto era muy prudente y tenia mucho amor á los Españoles. Se dijo públicamente que el capitan Calichuchima le dió con que muriera porque deseaba que la tierra quedara por la gente de Quito y no por la natural del Cuzco ni por los Españoles, y si aquel cacique viviera no hubiera podido lograr lo que deseaba. Al punto hizo llamar el Gobernador al capitan Calichuchima y á Tizas y á un hermano del cacique y á otros capitanes principales y caciques que eran venidos de Caxamalca, á los cuales dijo, que debian saber bien que él les habia dado por señor á Atabalipa, y que siendo muerto, ellos debian pensar á quien querian por señor, que él se los daría. Hubo entre ellos gran diferencia sobre esto, porque Calichuchima queria que fuese señor el hijo de Atabalipa Aticoc, y hermano del cacique muerto, y otros señores que no eran de la tierra de Quito querian que el señor fuera natural del Cuzco, y proponian un hermano carnal de Atabalipa. El Gobernador dijo á los que querian por señor al hermano de Atabalipa que lo mandaran llamar, y que cuando viniera si hallaba que era sujeto de valer, lo nombraria, y con esta respuesta se acabó aquella junta. Y habiendo llamado de parte del Gobernador al capitan Calichuchima le dijo estas palabras: "Ya tu sabes que amaba yo mucho á tu señor Atabalipa, y hubiera querido que pues murió y dejó hijo, este fuera señor; y que tú ya que eres hombre prudente hubieras sido su capitan hasta tanto que estuviera en edad de gobernar sus seño-

rios; y por esto deseo tanto que se le mande llamar presto, porque por amor de su padre lo amo mucho y á tí así mismo. Pero junto con esto ya que todos estos caciques que están aquí son tus amigos y tienes mucha influencia en los soldados de su nacion, será bien que les mandes mensajeros para que vengan de paz, porque no quisiera encruelecerme contra ellos y matarlos como ves que lo voy haciendo, cuando deseo que las cosas de estas provincias estén quietas y pacíficas." Este capitán tenía gran deseo, como se ha dicho que el hijo de Atabalipa fuera señor, y conociéndolo el Gobernador le dijo con arte estas palabras, y le dió esta esperanza: no porque tuviera ánimo de hacerlo ¹⁹ sino para que entre tanto que aquel hijo de Atabalipa venia para este efecto, hiciera que aquellos capitanes de guerra que habian tomado las armas vinieran de paz. Se acordó asimismo que él dijese á Aticoc y á los otros señores de la provincia del Cuzco, que les daria por señor al que ellos quisiesen; porque era menester que así se gobernara en el estado que estaban las cosas para estar bien con todos. A Calichuchima trataba de dar palabras para que hiciera venir las gentes que estaban en el Cuzco con las armas, á dejarlas, porque no hiciesen daño en las gentes del país, y á los del Cuzco para que fueran amigos verdaderos de los cristianos y les dieran aviso de lo que trataban los enemigos y de todo lo que se hacia en la tierra; y por

19 Es digna de admiracion la candidez ó descaro con que el secretario Sancho confiesa y aun elogia la mala fe de Pizarro en varios lugares de su relacion, la cual escribia por órden de Pizarro y para que este la revisara, firmara y enviara al rey.

esta causa y otras decia esto el Gobernador con mucha prudencia. Chilichuchima á lo que mostró, recibió tanto contento de estas palabras, como si lo hubieran hecho señor de todo el mundo, y respondió que haria todo lo que mandaba y que holgaria mucho de que los caciques y soldados vinieran de paz, ²⁰ y que despacharia mensajeros á Quito para que el hijo de Atabalipa viniera; pero que temia que lo estorbaran dos grandes capitanes que estaban con él, que no lo dejarían venir; que no obstante eso mandaria tal persona con la embajada que pensaba que todos se conformarian con su voluntad. Y luego añadió: "Señor, pues quieres que yo haga venir estos caciques, quitame de encima esta cadena porque viéndome con ella no querrán obedecerme." El Gobernador para que no sospechara que fuese fingido lo que le habia dicho, le dijo que era contento de hacerlo, pero con la condicion de que habia de ponerle guardia de cristianos hasta que hiciera venir de paz aquellos soldados que estaba de guerra y viniera ²¹ el hijo de Atabalipa. El quedó satisfecho con esto y así fué suelto, y el Gobernador le puso una buena guardia, por ser aquel capitán la llave para tener la tierra pacífica y sujeta. Tomada esta providencia y ordenada la gente que habia de ir con el Gobernador la vuelta del Cuzco, que eran cien caballos y treinta peones,

20 El original: *che haurebbe dato rame che i Capitani & soldati fossero venuti alla pace.* El significado de la voz *rame* es oscuro: como á veces significa dinero, de donde viene la frase vulgar, *questo sa di rame*, para indicar que una cosa es cara, me pareció que podia adoptarse la interpretacion que le doy, aunque no me deja satisfecho.

21 El original, *veduto*, pero me parece errata por *venuto*.

mandó á un capitan que con sesenta de á caballo y algunos peones fuera por delante para reponer los puentes que estuvieran quemados, y el Gobernador se quedó mientras á dar órden en muchas cosas convenientes á la ciudad y á la república que habia de dejar ya como fundada, y para esperar la respuesta de dos cristianos que habia mandado á la costa para ver los puertos y poner cruces en ellos, por si alguno viniera á reconocer la tierra.

§. VI.

Descripcion de los puentes que los Indios acostumbran hacer para pasar los rios; y de la trabajosa jornada que tuvieron los Españoles en la ida al Cuzco, y de la llegada á Panarai yá Tarco, ciudad de los Indios.

Se partió este capitan el juéves con los que habian de seguirle, y el Gobernador con la demas gente, y Chilichuchima y su guardia el lúnes siguiente: de mañana estuvieron todos á punto de armas y de todas las cosas necesarias, por ser largo el viaje que habian de hacer y quedarse todas las cargas en Xauxa, por no ser conveniente llevarla consigo en esta jornada. Caminó el Gobernador dos dias por un valle abajo, á la orilla del rio de Xauxa que era muy delectable y poblada de muchos lugares, y al tercer dia llegó á un puente de redes que está sobre el dicho rio, el cual habian quemado los soldados indios despues que hubieron pasado; pero ya el capitan que habia ido por delante habia hecho que los naturales lo repusieran. Y en las partes en que hacen estos puentes de redes, donde los rios son crecidos, por estar poblada la tierra adentro lejos del mar, casi no

hay Indio alguno que sepa nadar, y por esta causa aunque los rios sean pequeños y se puedan vadear, no obstante les echan puentes, de este modo; que si las dos orillas del rio son pedregosas levantan en ellas una pared grande de piedra y despues ponen cuatro bejucos (*stanghe*) que atraviesan el rio, gruesos de dos palmos ó poco menos, y en el medio figura á manera de zarzo entretejen mimbres verdes gruesos como dos dedos bien tejidos, de suerte que unos no queden mas flojos que otros, atados en buena forma, y sobre estos ponen ramas atravesadas de modo que no se ve el agua y de esta manera es el piso del puente. Y de la mismo suerte tejen una barandilla en el bordo del puente con estos mismos mimbres, para que nadie pueda caer en el agua de lo cual no hay á la verdad ningun peligro bien que al que no es práctico parece cosa peligrosa el haberlo de pasar, porque siendo el trecho grande se dobla el puente cuando pasa uno por él, que siempre va uno bajando hasta el medio, y desde allí subiendo, hasta que acabe de pasar á la otra orilla, y cuando se pasa tiembla muy fuerte, de manera que al que no está á ello acostumbrado se le va la cabeza. Hacen de ordinario dos puentes juntos, porque dicen que por el uno pasan los señores, y por el otro la gente comun. Tienen en ellos sus guardas, y el cacique señor de toda la tierra las tiene allí de continuo, para que si alguno le hurtara oro ó plata ú otra cosa, á él ó á otro señor de la tierra no lo pudiera pasar; y los que guardan estos puentes tienen cerca sus casas y de continuo tienen á mano mimbres y zarzos y cuerdas para componer los puentes cuando se van estropeando y hacerlos de nuevo si menester fuera. Pues las guardas que estaban

en este puente cuando pasaron los Indios que lo quemaron escondieron los materiales que tenían para reponerlo, porque de otra manera lo hubieran asimismo quemado, y por esta razón lo hicieron en tan poco espacio para que pasaran los Españoles. Los caballos españoles y el Gobernador pasaron por el uno de estos puentes, aunque por estar fresco y no bien ordenado tuvieron mucho trabajo, porque por haber pasado por allí el capitán que iba adelante con los sesenta caballos se habían hecho muchos agujeros, y estaba medio desbaratado. Todavía pasaron los caballos sin que peligrase ninguno, aunque casi todos cayeron porque se movía el puente y temblaba todo, pero como se ha dicho estaba el puente hecho de manera que aunque doblasen los cuatro pies no podían caer abajo al agua. Pasados que fueron todos, el Gobernador acompañó en unas arboledas que había allí por donde pasaban muchos hermosos arroyos de agua hermosa y limpia. Prosiguieron después su viaje andando dos leguas por la orilla de aquel río por un valle estrecho, que tenía montañas altísimas de uno y otro lado, y en partes tiene este valle por donde pasa el río tan poco espacio, que hay tanto camino entre el pie del monte y el río como un tiro de piedra, y en otros lugares por la cuesta de la montaña poco más. Pasadas dos leguas de este valle se encontró otro puente pequeño sobre otro río por el que pasó toda la gente de á pie, y los caballos lo vadearon, tanto por estar el puente maltratado como por estar el agua baja en aquel tiempo. Pasado el río se comenzó á subir una montaña asperísima y larga, toda hecha de escalones de piedra muy menudos. Aquí bajaron tanto los caballos que cuando acabaron de subir-

la se habían desherrado la mayor parte, y tenían gastados los cascos de los cuatro pies. Subida aquella montaña que duraría hasta media legua, andando en la tarde otro pedazo por una cuesta, llegó el Gobernador con esta gente á una aldea, que habían saqueado y quemado los Indios enemigos, y por eso no se halló en ella gente ni maíz, ni otro mantenimiento, y el agua estaba muy lejos porque los Indios habían roto las cañerías que venían á la ciudad, que fué un gran mal, y de mucha incomodidad para los Españoles, porque por haber aquel día hallado el camino áspero, trabajoso y largo tenían necesidad de buen alojamiento. Se partió de aquí el Gobernador otro día, y fué á dormir á otro pueblo, que aunque era muy grande y bueno, y lleno de muchos aposentos, se halló en él tan poco refrigerio como en el pasado: y este pueblo se llama Panarai. Se maravilló mucho el Gobernador con los Españoles de no hallar aquí ni mantenimientos ni cosa alguna, porque siendo este lugar de un señor de los que habían estado con Atabalipa y con el señor muerto en compañía de los cristianos, había venido de continuo en compañía suya hasta Xauxa, y dijo que quería adelantarse para aparejar en esta tierra suya vituallas y otras cosas necesarias para los Españoles, y no hallándose aquí ni él ni su gente se tuvo por cierto que la comarca estaba alzada, y no habiéndose tenido carta ninguna del capitán que iba por delante con los sesenta de á caballo, salvo una en la que hacía saber que andaba tras de los Indios enemigos, se temía que los contrarios le hubiesen tomado algún paso, de manera que no pudiera venir ningún mensajero suyo. Los Españoles buscaron tanto que hallaron algún maíz y ove-

jas, con lo que pasaron aquella noche, y al otro día á buena hora se partieron y llegaron á un pueblo llamado Tarcos, donde se encontró al cacique señor de la tierra con alguna gente, el cual dió aviso del día que habian pasado por allí los cristianos y que caminaban á pelear con los enemigos que tenian asentados sus reales en una poblacion vecina. Recibieron todos grande placer con esta noticia, y con haber hallado buena acogida en aquel lugar, porque el cacique habia hecho traer á la plaza una buena cantidad de maiz, leña, ovejas y otras cosas de que tenian gran necesidad los Españoles.

§. VII.

Prosiguiendo su viaje tienen aviso enviado por los cuarenta caballeros Españoles, del estado del ejército Indio, con el cual victoriosamente habian combatido.

A otro día, que fué sabado día de Todos los Santos, el fraile que estaba con esta compañía, dijo misa por la mañana, segun es costumbre decirla en semejante día, y despues se partieron todos y caminaron hasta llegar á un rio caudaloso tres leguas adelante siempre bajando de la montaña con bajada áspera y larga. Este rio tenia asimismo un puente de red que por estar roto fué preciso vadear el rio, y despues se subió otra montaña muy grande, que mirándola de alto á bajo parecia cosa imposible que los pájaros pudieran llegar volando por el aire, cuanto menos subirla por la tierra hombres de á caballo; pero se les hizo menos pesado el camino porque se iba subiendo en caracol y no derecho; bien que la mayor parte eran escalones grandes de piedra que fatigaban

mucho á los caballos y se les gastaban y lastimaban los cascotes, aunque los llevaban por la brida. De este modo se subió una legua larga, y se anduvo otra por una ladera de camino mas fácil, y á la tarde llegó el Gobernador con los Españoles á una poblacion corta, de la que estaba quemada una parte, y en la otra parte que habia quedado sana se aposentaron los Españoles, y á la tarde llegaron dos correos Indios enviados por el capitán que iba adelante. Los cuales trajeron por cartas noticias al Gobernador, como era llegado con gran diligencia á la tierra de Parcos, la que habia dejado atrás, porque habiendo tenido aviso que estaban aquí los capitanes con toda la gente enemiga, no los encontró allí, y tuvo nueva cierta de que se habian retirado á Bilcas, y por lo tanto caminó adelante con su gente hasta llegar cinco leguas de Bilcas donde esperó la noche, y marchó en secreto para no ser sentido de ciertas espías que estaban puestas á una legua de Bilcas. Y habida nueva que los enemigos estaban dentro de un pueblo sin tener noticia alguna de su venida, se alegró mucho el capitán, y subida una montaña donde estaba aquel lugar, harto difícil, al amanecer entró dentro y encontró aposentada alguna gente con poco recaudo. Los caballos españoles comenzaron á dar sobre ella por las plazas hasta tanto que entre muertos y huidos no quedó persona alguna, porque habia pocos soldados Indios que se habian retirado á una montaña aparte del camino, los cuales luego que aclaró el día y vieron á los Españoles, se juntaron en escuadrones viniendo contra ellos diciéndoles, *Ingres*, el cual nombre tienen ellos por muy afrentoso, siendo esta una gente despreciable que vive en las tierras calientes de la costa del mar, y por

ser aquella provincia region fria é ir los Españoles vestidos y cubiertas sus carnes, les llamaban ellos Ingres, amenazándolos con que los harian sus esclavos por ser pocos, que no llegaban á cuarenta, y desafiándolos les decian que bajaran allá abajo á donde ellos estaban. El capitan aunque conocia que estaba en mal lugar para pelear con los caballos, de que poco se podian valer los Españoles, no obstante para que los enemigos no pensarán que el no pelear era por falta de ánimo, tomó consigo treinta caballos y dejando los otros en guarda del pueblo bajó abajo contra ellos por una espesura²² del monte y una cuesta muy penosa. Los enemigos lo aguardaron animosamente y en el choque mataron un caballo, hiriendo otros dos, pero al fin siendo todos desbaratados huyeron unos por una parte y otros por otra del monte, camino muy áspero por donde los caballos no pudieran seguirlos ni hacerles daño. En esto se vino á juntar con ellos un capitan que se habia huido del pueblo, que habiendo sabido de ellos que habian muerto un caballo y herido dos, dijo, "volvamos atrás y peleemos con estos hasta que no quede uno á vida, que son pocos," y al punto se revolviéron todos con mas ánimo y mayor ímpetu que antes, y en esto se trabó una reñida batalla mayor que la primera. Al cabo huyeron los Indios y los caballos los siguieron por todas partes del monte mientras que pudieron. En estos dos encuentros quedaron muertos mas de seiscientos hombres y se cree que tambien murió Maila, el uno de los capitanes, porque todos los Indios lo dijeron, y los

²² El original *serrata*, que tambien puede traducirse *angostura*.

de su parte cuando mataron el caballo le cortaron la cola y puesta en una lanza la llevaban por delante á guisa de estandarte. Les hizo asimismo saber que pensaba reposar aquí tres dias por consideracion á los cristianos y caballos heridos, y despues partirian para tomarles antes de todo un puente de redes que habia allí cerca, para que los enemigos fugitivos no lo pasaran y fueran á juntarse con Quizquiz en el Cuzco y con la guarnicion de gente que tenia, la cual se decia que esperaba á los Españoles en un mal paso cerca del Cuzco; pero que aun cuando fuese mucho mas malo, esperaban en Dios que segun el lugar en que habian tenido aquella batalla, tierra tan áspera y pedregosa. no se podrian defender de ellos *los Indios* en ninguna otra parte por difícil y trabajosa que fuese, ni ofender á los Españoles en ningun mal paso; y que salido de aquí y pasado el puente que está á tres leguas del Cuzco, allí esperaria al Gobernador como le habia informado, y que tuviera entendido que con Indios lijeros le daria aviso de cuanto le aconteciera.

§. VIII.

Despues de varias incomodidades sufridas en el viaje, habiendo pasado las ciudades de Bilcas y de Andabailla, antes de llegar á Airamba tienen cartas de los Españoles por las cuales le mandan un socorro de treinta caballeros.

Habiendo recibido esta carta el Gobernador y todos los Españoles que con él estaban, hubieron infinito contento de la victoria que habia alcanzado el capitan, y al instante la mandó junta con otra á la ciudad de Xauxa al tesorero y á los Españoles que se habian quedado allí,

para que participaran con ellos del contento por la victoria del capitán. Y asimismo mandó correos al capitán y á los Españoles que estaban con él agradeciéndoles mucho la victoria que habían alcanzado, rogándoles y aconsejándoles que en estas cosas se gobernasen mas bien por la prudencia que por la confianza en su fuerza, y que de todas maneras le esperara pasado el último puente, para que despues entrasen todos juntos en la ciudad del Cuzco. Hecho esto partió el Gobernador al día siguiente que fué de camino áspero y fatigoso, de montañas pedregosas y subidas y bajadas, de escalones de piedra, que todos creyeron que con dificultad podrian sacar de ellas los caballos, considerando el camino andado y por andar. Fueron á dormir aquella noche á un pueblo que estaba de la otra parte del rio, el que tenia asimismo un puente de red: los caballos pasaron por el agua y la gente de á pié con los criados de los cristianos por el puente. El día siguiente tuvieron buen camino junto al rio donde encontraron muchas salvaginas, ciervos y gamuzas, y aquel día llegaron á hospedarse en ciertos aposentos cercanos á Bilcas, donde el capitán que iba por delante habia hecho *alto* para caminar por la noche y entrar en Bilcas sin ser sentido como entró, y aquí se recibió otra carta suya, donde decia que habia partido de Bilcas hacia dos dias, y era llegado á un rio cuatro leguas adelante, el que habia vadeado por estar quemado el puente, y aquí habia entendido que el capitán Narabaliba andaba huyendo con unos veinte Indios y que se habia encontrado con dos mil Indios que le habia mandado de socorro el capitán del Cuzco, los cuales como supieron la derrota de Bilcas se volvieron huyendo con él, tratando de ir á jun-

tarse con las reliquias esparcidas de los que huían, esperándolos en una poblacion llamada [Andabaila, y que él estaba resuelto á no detenerse hasta encontrarse con ellos. Entendidas estas nuevas por el Gobernador pensó mandarle socorro, pero luego no lo hizo porque consideró que si se habia de dar la batalla ya estaria dada, y no llegaria á tiempo, y mas bien determinó no detenerse ni un solo día hasta que lo alcanzara, y de este modo se partió para Bilcas donde entró el día siguiente temprano, y por aquel día no quiso andar mas adelante. Está puesta esta ciudad de Bilcas en un monte alto, y es gran pueblo y cabeza de provincia. Tiene una hermosa y gentil fortaleza: hay muchas casas de piedra muy bien labradas y está á medio camino de Xauxa al Cuzco. A otro día fué el Gobernador á dormir de la otra parte del rio á cuatro leguas de Bilcas, y aunque fué la jornada corta fué no obstante trabajosa, que todo fué bajar por una montaña, casi toda de escalones de piedra y la gente vadeó el rio con mucha fatiga porque iba muy crecido, y asentó su campo de la otra banda entre unas arboledas. Apenas era llegado aquí el Gobernador cuando recibió una carta del capitán que iba á la descubierta, en la que le daba á entender que los enemigos habían pasado cinco leguas adelante y esperaban en la falda de un monte en una tierra llamada Curamba, y que allí habia mucha gente junta y habían hecho muchos reparos y puesto gran cantidad de piedras para que los Españoles no pudiesen subir. El Gobernador entendido esto, aunque el capitán no le pedia socorro creyendo que lo necesitaria ahora, hizo al punto que se alistase el Mariscal D. Diego de Almagro con treinta caballos ligeros bien en orden de

armas y caballos, y no quiso que llevara consigo peon alguno, porque le mandó que no se detuviera para nada hasta que alcanzara al capitán que iba delante con los otros, y habiendo partido partió asimismo el Gobernador, al día siguiente con diez de á caballo y *los* veinte peones que guardaban á Chilichuchima y apretó tanto el paso aquel día que de dos jornadas hizo una. Ya que estaba para llegar al pueblo donde había de dormir llamado Andabailla, vino un Indio huyendo á decir que en cierta subida del monte que señaló con el dedo se había descubierto gente de guerra enemiga, por lo que el Gobernador así armado como estaba á caballo con los Españoles que tenía consigo, fué á tomar lo alto de aquella cuesta y la registró toda sin hallar la gente que el Indio había dicho, porque aquella era gente natural de la tierra que venía huyendo de los Indios de Quito, porque le hacían grandísimo daño. Llegado el Gobernador y la compañía á aquel pueblo de Andabailla cenaron y reposaron aquella noche; y á otro día llegaron al pueblo de Airamba donde había escrito el capitán que estaba junta la gente armada para esperarlos en el camino.

§. IX.

Llegados á un pueblo encuentran mucha plata en tablas de veinte piés de largo. Prosiguiendo su viaje tienen cartas de los Españoles del referido y adverso combate que habían sostenido contra el ejército de los Indios.

Aquí se hallaron dos caballos muertos de donde se hubo sospecha que al capitán le hubiese sucedido alguna desgracia; pero entrados en el pueblo, por una carta que

llegó antes de que se aposentaran, se supo como el capitán había encontrado aquí gente de guerra y que por ganar la montaña había subido una cuesta donde había encontrado gran cantidad de piedra junta, señal de que quisieron aguardar aquí, y que andaban en busca de los Indios porque tenían noticia de que no estaban muy lejos y que los dos caballos eran muertos de tanto calentarse y resfriarse. No escribió cosa alguna del socorro que le había mandado el Gobernador, por lo que se consideró que no le habría llegado todavía. Se partió de aquí á otro día el Gobernador y fué á dormir á un río cuyo puente habían quemado los enemigos, de manera que fué preciso vadearlo con mucha fatiga, porque la corriente era crecida y el fondo del río muy pedregoso. Otro día fué á dormir á una villa en cuyos aposentos se encontró mucha plata en tabloncillos grandes de veinte piés de largo, uno de ancho y de un dedo ó dos de grueso; y contaron los Indios que aquí estaban, que aquellos tabloncillos fueron de un gran cacique, y que uno de los señores del Cuzco los ganó y se los llevó así en tablas, con las que el cacique vencido había hecho una casa. El día siguiente partió el Gobernador para pasar el puente del último río que era casi tres leguas de allí. Antes que llegara á aquel río, vino un mensajero con una carta del capitán, en la que avisaba como era llegado á aquel último río con mucha diligencia para que los enemigos no tuvieran lugar de quemar el puente; pero al tiempo que llegó lo habían acabado de quemar, y por ser ya tarde no quiso pasar el río aquel mismo día, sino que se fué á quedar en una aldea que estaba al par de él. Á otro día pasó el agua que daba al pecho de los caba-